

# **KÁUKASOS**

ANA ARZOUMANIAN

*“El arte de crear odio se manifiesta invocando el poder mágico de una identidad supuestamente predominante que sofoca toda otra filiación y que, en forma convenientemente belicosa, también puede dominar toda compasión humana”*

*Amartya Sen*

*Identidad y violencia*

En Nueva York no hay jazmines.  
Hay un barbero, un psíquico  
y una tienda de zapatos  
en la cuarenta y nueve.  
Hay el vientre desnudo del cielo,  
sus lunares abanderados.  
Hay edificios con barcos y velas.  
Desde la bañera veo los teatros  
y los barcos y las velas  
moviéndose,  
y mostradores  
y tragaluces  
y puertas giratorias  
que flotan en el agua;  
se mueven.

Hay cristales que irradian su luz  
como iglesias góticas.  
Veo esa vibración desde mi bañera,  
el aletear de los museos, de las cafeterías.  
Toda Nueva York se mueve para calmarme.  
No es una caricia.  
Son los animales de topacio y bronce  
soltando sus músculos desde el aire.  
Sus lenguas frenéticas  
haciendo desaparecer  
toda demora, avanzan.

En Nueva York no hay jazmines.  
Tomó la punta del fusil y me midió.  
Eso pensé cuando pensé en no volver.  
Pensé, diría eso.  
Diría que tomó la punta del fusil y me midió.  
Diría que el fusil fue menos frío adentro,  
que apoyó el fusil en una de sus piernas  
y empujó,  
diría que lloré.  
Y los edificios con barcos y velas  
moviéndose.  
El fusil es de un material blando,  
no dispara.

Él tomó la punta del fusil y me midió  
mientras yo bebía las velas de sus barcos.  
Mostrame lo que me da más miedo,  
me pide.  
Para mostrarle lo que le da más miedo  
desaparece todo lo que tarda  
en mí,  
lo que satura  
un no volver  
como morirme en la medida de un fusil.

No es una ciudad para vivir  
me cuenta una vendedora  
del barrio judío del negocio de kipás.  
Es una ciudad para desaparecer.  
La piedra rojiza  
el granito rosa  
la isla estrecha y alargada  
rodeada de ríos,  
los manteles a cuadros  
rojos y blancos,  
los templos budistas  
y las sinagogas  
y las iglesias  
se mueven.  
Más y más rápido  
la velocidad  
ahora es  
agitación.

Soy los carteles luminosos.  
Los carteles luminosos  
de madrugada  
en las pantallas  
te muestran  
a mí  
medio desnuda.  
Vos, del otro lado  
me pedís que me dé vuelta.  
Yo en carteles,  
en las callejuelas,

en las calles industriales  
me doy vuelta,  
me levanto el vestido.  
El gran camino blanco de las luces,  
sesiones de jazz  
en barcazas,  
en playas artificiales,  
en piscinas vacías.  
Espeso trazo vertical  
como cuando la cámara  
abandona al personaje  
adoptando un movimiento  
propio.

En Nueva York no hay jazmines.  
Blanco sobre blanco imposible de filmar  
una colección  
de corredores de músicos de patinadores  
en el parque central  
insiste  
como un ojo multifacético,  
agita,  
arrastra milenios.  
Una pulsación de civilizaciones  
infinitamente  
dilatada.  
Yo en la cama que se mueve  
en los carteles  
dentro de la pantalla  
dada vuelta  
mostrándote.  
La imagen cambia de potencia.  
Atracciones teatrales o circenses,  
llanuras de Mongolia,  
una mesita de té en San Petersburgo,  
el mujik, la india.  
Una mirada que no está  
sobre mis piernas,  
está en el agua el ruido  
de las voces la música  
de los barcos las velas  
como una fotografía sacada

en el interior mismo  
de las cosas.  
Una línea dentada  
hace centellear la imagen.  
Volver el movimiento más intenso:  
caer.  
Ahora, cuando me doy vuelta,  
tuerzo el cuello,  
espío la pantalla,  
te veo tocándote  
un glande lustroso  
de perfumes lácteos.  
Buscás a una ahogada en aguas negras,  
ves cómo se degradan los tonos,  
cómo me arrastro hasta un sin fondo  
arremolinándome.  
El reflejo rojizo  
incandescente.  
Estás en una película,  
me decían,  
y yo pensaba,  
¿puedo todavía hablar de mí?  
El cine hace del mundo  
un relato:  
yo un conjunto  
de carteles,  
de imágenes  
que se difunden se propagan  
sin pérdida  
ni resistencia,  
chapotean,  
ondulan  
en el agua.

En la tabaquería  
los clientes fuman  
cigarros abultados.  
Un agua de una vereda de paseantes  
bebiendo café  
en vasos de cartones  
parecidos a los plásticos  
con los que tapan a los muertos.

Estás en una película.  
En la película,  
en un restaurante húngaro,  
Palya Bea canta.  
La ciudad reptante en mí,  
me sacude y yo la tumbo.  
¿Puedo todavía hablar de mí?  
Me ondulo,  
salgo a bailar música húngara,  
me bajo los breteles,  
levanto los brazos  
sobre los hombros.  
Alguien tira platos al piso,  
se saca los zapatos  
y se inclina a mis pies,  
sangra.  
Yo paso mis dedos  
por su boca.  
Nos caemos.

En Nueva York no hay jazmines.  
Muros ocres  
manchados de azul y verde,  
anónimos bloques como casas  
que se adentran  
en la mirada.  
De tus ojos  
me queda el perfume  
con el que se ennegrecen  
los caballos de los carruajes  
de la quinta avenida.  
Los caballos son jinetes desnudos,  
recuerdan  
montando un sueño ciego.  
Me queda el gusto  
a tinta en la boca.  
Queda la virgen maría  
sustituida por el dínamo,  
ritual creencia  
en los surtidores,  
en los letreros  
en el interior de los museos

donde cuelgan pinturas,  
donde rebaños de reses  
del medio oeste profundo  
amanecen.  
En los ojos de los que caminan  
por las calles  
las reses arrear  
a la estación  
más próxima.  
Se adivina cómo el rebaño  
cruza el promontorio,  
sin nada que lo alumbre  
se deshacen de sí mismos  
en un apresurado vaivén.  
Una locura en círculo  
la escena donde el actor  
no siente, y es puro personaje.  
Vitrinas servilletas tazas cafeteras.  
Antiguos ocupantes  
de fantasías populares.  
Yo también aquí, una ficción:  
una mujer que se mete en la cama  
observada de frente,  
el vello púbico a la vista  
en un espacio interior  
con las cortinas que se ondean  
hacia adentro,  
hacia fuera.  
Se ve el sexo  
pero no la cabeza,  
ni el brazo derecho  
ni los pies.  
Una virgen maría  
cantada en los gospels  
del domingo  
un domingo de feria  
como las ferias  
de mi cuadra en Buenos Aires.  
Y en los puestos,  
hindúes paquistaníes mexicanos.  
La virgen maría  
un dínamo una electricidad  
adentro de las cosas.

En Nueva York no hay jazmines.  
La mujer vista de frente  
del cuadro de Hopper  
en una casa que se adentra  
en mi mirada  
como un barco que se mueve  
y viaja sin nada  
que lo alumbre,  
sin faros.  
Un barco de paredes transparentes,  
el faro en una isla.  
El barco  
un faro en territorio  
fabricado por holandeses,  
de perfiles suaves y ondulados  
un panorama rocoso  
con lagos artificiales  
y árboles transplantados.  
La nueva Ámsterdam,  
un barco  
que se mueve  
en un terreno inventado,  
una franja de arena reluciente.  
Un teatro el acto de fe  
donde vuelvo a tener un hijo.  
Desnudo mis pechos,  
te doy de mamar.  
Tu boca  
en una lluvia turquesa  
rociándote la cara.  
Me gusta que me den  
de comer en la boca.  
En tus ojos  
hay un olor a huertos  
sembrados de albahaca.  
Me arrodillo, toco  
la imagen de cristo.  
Me gusta alimentarte  
le dice la virgen  
mientras lo mira a los ojos  
del color de un huerto

de albahacas.  
Buscás el largo de mi pelo,  
me das de comer  
en la boca.  
La imagen de cristo  
en la película  
comienza a arder,  
expande un destello burbujeante  
anaranjado.  
Los comulgantes  
se convierten en figuras líquidas  
se deslizan uno en el otro.  
Un alba de nosotros mismos fulgura precipita.  
Los rasgos se escapan  
del contorno del rostro de cristo,  
hace ver huecos en el agua.

Te necesito como Nueva York  
sin jazmines.  
Una sucesión  
de primeros planos  
gira como planetas  
en constante ebullición,  
gira y no cesa  
de desviarse.  
Un amor  
que se define  
por su potencia  
de volver a empezar  
y recomenzar.  
Me gusta  
darte de comer  
en la boca;  
cristo la virgen los comulgantes  
y yo arrodillada  
en una Nueva York sin jazmines  
suspende el gesto.  
El eclipse de los cuerpos  
que giran como planetas,  
se apoderan  
en su aventura de luz  
de lo blanco.

No hay tregua  
en este agotamiento.  
Despedazados  
el hambre y la saciedad,  
una violencia  
propagándose.  
Los ojos medio cerrados,  
la cabeza tirada hacia atrás,  
la boca medio abierta  
de tan saciada.  
Una mano angélica  
te descubre mis pechos.  
Tenés que mirarla,  
soy yo esta Nueva York sin jazmines.  
Alguien puso una mujer  
con una antorcha aquí.  
La mujer con la antorcha  
está en un agua ahuecada.  
El hueco  
y el agua  
se mueven,  
como la mujer que se mueve  
en toda la ciudad  
que se mueve.  
El agua de la ciudad  
tiene un pezón de color rubí,  
da la hora  
a imaginarios marineros  
del Atlántico.  
La ciudad  
es un archipiélago  
seco de manzanas.  
Una postal  
de torres lanzadas al aire  
de un fulgor violeta  
tritura la hierba,  
nada en un agua  
brutal hacia el cielo,  
una y otra vez.  
El agua se evapora  
en orfebrerías,  
en tiendas de especias, de alfombras.  
No estamos en Persia,

no somos fenicios,  
vinimos a ver.  
Toda construcción  
es un monumento  
permanente, sólido sereno  
en la furia de mis ojos.  
Los pezones a la altura de tus piernas,  
frotándolos.  
Acomodo en el hueco de un agua  
de una Nueva York sin jazmines  
tus testículos entre los pechos;  
subo  
hasta evaporar el agua.  
En el agua hay venas hinchadas de rosa,  
un anillo húmedo.  
Vos el monumento la antorcha  
abrís las piernas en el agua,  
mientras beso una postal  
de torres hechas de trigo  
de canela de almendras.  
Abrís las piernas.  
Yo hundo las manos en la almohada  
para no inundar de gritos  
la turba de besos ciegos  
en la ternura  
de la pelvis.  
Hasta que el agua  
cubre todo vestigio.  
Entonces los ángeles  
se quedan en la calle,  
entonces los varones  
alzan la mano,  
entonces mi lengua  
hace llover  
fuego y azufre.  
Ahora  
dejo todos los entonces, ahora  
menos tu semen.  
Menos tu semen.  
Una gavilla de estalagmitas.  
Tallar el volumen.  
Dejar pasar la luz  
cuando la bruma

empieza a dispersarse.  
Picos de montañas,  
imágenes casi nocturnas.  
Una boca de lobo, la promiscuidad  
de un útero interminable.  
Una Venecia, Nueva York,  
una Venecia con sus peatones  
caminando de isla en isla.  
Una ciudad de lagunas  
con canales para calles,  
sólo que los canales  
no de agua  
sino de un torrente que aumenta  
la congestión,  
hasta generar  
puños de madera flexible  
de árboles de Filipinas, de India, de Honduras.  
El roble sedoso australiano.  
El arce y el ébano.  
Un tejido de metal plateado,  
una aleación que nunca se deslustra.

En la soledad veneciana de Manhattan  
no hay jazmines.  
Hay un bosque de agujas  
reducidas al tacto  
de las cavernas.  
El caminante toca, luego huele  
una línea de leche  
en el borde.  
No escribiré la palabra prepucio.  
El pene sobre el poema  
circuncidado.  
Tallar el volumen,  
tu miembro dejando pasar la luz  
cuando la bruma  
empieza a dispersarse.  
Como un pan salado  
con pasas de uva  
en un restaurante brasileño de Little Italy.  
Hice cosas que no has oído hasta ahora.  
Una cuerda con nudo corredizo,

tu Rebeca hace arrodillar los camellos  
fuera de la ciudad  
junto a un pozo de agua  
a la hora de la tarde,  
la hora en que las doncellas  
salen por agua.  
Te lavo los pies.  
Vos te bebés todas las estalagmitas  
sobre mi corazón,  
la lluvia de estrellas erectas  
de Gaudí, el frenesí de Manhattan  
a la hora de la tarde  
alrededor del agua.  
Me das los pies,  
mientras los lavo  
juntás mis pechos con tus manos,  
lamés un pezón,  
y el otro,  
mientras te lavo  
te acercás a una niña  
que no sabe y quiere  
un rostro judío  
sobre una almohada árabe.  
Un mástil de amarre  
para dirigibles  
corta jazmines  
en mis axilas.  
Yo los riego  
con el agua de los pies  
ahí donde se arrodillaron  
los camellos.  
Cinco veces al día,  
dar fe  
frotándose con arena limpia  
sobre un trozo de tela,  
sobre la sábana  
una serie de inclinaciones,  
un lugar de postración.

Trescientos sesenta y cinco días al año  
en un espacio  
con una tela una alfombra

destinados al rezo.  
Rezás de costado  
succionando la línea que baja  
de la espalda  
lentamente  
en lo rápido.  
Entrelazamos los dedos  
en una noche de trescientos días.  
Yo no dormí  
detrás de los párpados.  
Arrodillate, me decías.  
Entendí: en el piso.  
La oración que rezás  
cinco veces al día  
sobre la tela  
la sábana  
me dice  
no en el piso,  
en la cama.  
Una noche sin dormir.  
Siete veces a la semana  
besándonos en las calles.  
Trescientos sesenta y cinco días  
desayunando  
damascos con canela y clavo de olor.  
Me ponía de costado,  
como hectáreas  
los ladrillos negros  
absorbiendo las ventanas.

Una ciudad de agujas escarpadas  
Nueva York una iglesia  
de hoteles,  
de piscinas,  
de tiendas de chocolates.  
Una isla que lanza  
sus tentáculos,  
un útero oscuro  
como una boca de lobo  
los edificios hasta el claro  
de los techos  
se funden con el cielo.

Un fuego que arde  
dentro de un iceberg.

No crecen los jazmines, aquí.  
Sobre el cráter de un volcán apagado  
la montaña se convierte  
en arquitectura.  
Universos de montañas  
en un frenesí permanente  
se comen las paredes  
sobre la alfombra mágica  
de los ojos.  
Una retícula  
dentro de la retícula,  
el tejido  
de una alfombra  
la sábana  
donde oramos  
cinco veces al día  
para creer en el mundo,  
para sentir el clima perdido  
de los geógrafos.

Dejar de alistarnos como mercenarios,  
devolver las palabras  
al amparo del pubis.  
Sostener con la mirada  
lo que vemos,  
y no esta serie de postales,  
el océano de asientos  
de terciopelo rojo  
en la suma de monumentos  
de teatros,  
de bastidores.  
En el océano hay un navío  
preso entre cristales  
con pasajeros cantores,  
náufragos devolviendo al mar  
lo que es del mar.  
Tus piernas son  
el navío desde abajo,

suceden bajo el agua.  
Me decías arrodillate;  
un animal melancólico  
entendía: en el piso.  
Desde el cristal negro de los techos,  
allí donde pasa el navío,  
donde está preso, pero se mueve,  
se puede adivinar  
un pasado vegetal,  
jardines geométricos  
de una ciudad radiante  
con su movimiento de luz,  
de aire de césped.  
Desde el cristal  
se ve un navío, huyendo,  
y ya no se sabe por dónde pasa.  
Ahora nuestros propios rostros  
sobre el cristal  
se mueven.  
Praderas inventadas  
de Nueva Babilonia,  
una devoción  
la cascada que conduce  
al jardín de esculturas.  
Un hemisferio vagamente entrelazado  
como mis dedos en tus dedos  
cuando dormimos.  
Mientras, detrás de los párpados,  
yo estoy despierta,  
levanto la alfombra la sábana  
cinco veces al día  
te veo moviéndote  
aún dormido,  
tu pene latiendo  
en mi lengua que frota  
arena limpia, te reza  
en la cama de un hotel.  
Un hotel como un astillero  
varado en la tierra,  
un asilo flotante,  
una madera  
en busca de diluvio.  
Besos metropolitanos

Con meriendas voraces  
de lo vivo,  
así se inventan los recuerdos:  
al besar el pie del santo  
el pie desaparece.  
Maneras de gastarse los hechos.  
Un sueño atlántico,  
un Egipto vuelto al revés,  
pirámide redonda  
este diluvio;  
la barcaza de hormigón armado  
el hotel,  
y los edificios que flotan  
en un Manhattan  
que se ha curvado,  
una isla curva  
la espina dorsal.  
En la línea de mástiles  
ondean las banderas, una  
mareante colección de galerías curvas.  
El aeropuerto de La Guardia  
y su curva más espectacular  
como suspenso  
que se refuerza  
ocultando  
el movimiento de los aviones  
tras las dunas de vidrio.  
Un velo de bruma atormentada  
tu pantalón.  
Bajarte el cierre,  
sólo el cierre.  
El pliegue de la tela  
se endereza hacia abajo  
con tu miembro erguido.  
Mi mano rodea por todas partes  
el objeto que toca  
dibujándote la forma.  
¿Acaso es un recuerdo,  
una voluntad,  
una creencia?  
Yo empecinada en devorarte  
en un deseo sanguinario  
sobre armaduras de acero,

contraformas vacías  
donde se vierte  
un líquido maleable.  
Entre el rectángulo  
y la figura de tu pantalón  
que cae en su doblez,  
arabescos curvándose  
en una animación perpetua.  
Cada mano busca  
su propia parcela,  
la piedra gruesa y pulida.  
Me acerco,  
camino descalza por pasillos  
que se vuelven anfibios,  
dejan la tierra  
y se transforman  
en una pasarela sobre el río.  
Me acerco.  
Un tumulto  
de vellos licuados  
en una leche sutil,  
un diluvio blanco  
me precipita en abismos  
de edificios.  
Estamos en la Edad Media.  
Nos hacemos irreconocibles,  
no por el disfraz,  
sino por estar así desvestidos.  
Todas las historias  
aparecen simultáneas.  
No podemos recurrir  
a esa táctica policial  
de impedir el movimiento  
del sospechoso.  
Es Egipto que está migrando  
en esta Nueva York sin jazmines.

Entro al Caffè Reggio.  
Un hombre  
sentado a una mesa  
cercana a la mía  
me pide un sobre de azúcar,

me dice, I'm turkish and you?  
No es suficiente  
quemar todos los archivos.  
Los hechos se gastan,  
los fantasmas inventan sus recuerdos.  
¿Turkish, se escribe en mayúscula  
o en minúscula?  
El pasado se oculta  
detrás de la mirada  
en lugar de disponerse  
hacia delante.  
Intermitencias de ver  
tu vello  
más adentro de mis ojos.  
Un vello mojado  
en lo húmedo del verde.  
¿You, se escribe en mayúscula  
o en minúscula?  
Un café italiano  
en Greenwich Village,  
la bohemia  
de los Medici,  
las pinturas de Caravaggio  
en las paredes.  
Me había cortado  
las uñas  
para no lastimarte  
cuando mi caricia subiese  
por tus nalgas.  
Tu cuerpo ebrio  
resistiéndose,  
su antes su después,  
lo que puede  
tu cuerpo  
en los ejércitos del mar,  
saliéndose.  
La fisura se ensancha,  
nos introducimos  
en una ceremonia,  
un carnaval  
donde desaparece  
el cuerpo visible,  
el pedazo de historia

que arrastra consigo.  
Filmar la palabra  
una lengua negra  
que haga aparecer  
un cuerpo nuevo.  
Lo que vino después  
de haber hablado.  
Donde acaba la caricia  
comienza mi cuello,  
la presión de tus dedos  
ahorcándome.  
Es cuestión de tiempo,  
una hora más.  
Una hora más  
para ver piedras  
en lugar de montañas.

Ahora soy yo  
la que se pone debajo.  
Una marea baja  
trae consigo  
una cosmología de galaxias,  
puntos, planos, un volumen  
donde se fatiga el mundo  
hasta hacerme sangrar.  
Me persigno  
como si fueras una iglesia  
frotándome en tu mirada,  
sobre los colores que ves.  
capas sobre capas  
hasta llegar a algún pasado.  
La memoria  
no son los recuerdos,  
es una membrana  
el glande rosa  
circuncidado,  
una membrana  
donde ahogar a los muertos.  
I'm turkish and you  
en una Nueva York sin jazmines.  
A velocidades crecientes  
se invierten los suburbios,

los ghettos,  
los campos de concentración  
se prolongan,  
se precipitan.  
Nunca hubo un pueblo aquí.  
Un animal bizco  
extravía sus ojos  
cuanto más se acerca  
a su presa.  
El intercambio  
entre la infinidad de pueblos  
y yo  
que estoy rota  
en suburbios,  
en ghettos,  
en campos de concentración.  
Yo bizca  
extraviando mis ojos  
en tu glande rosa  
tu pelvis.  
Invento un pueblo  
aquí.  
Un ejército de mar tus dedos  
mojándome en las olas  
un agua fría  
en tus dedos de algas  
sobre eso que se abre  
en mí.  
Un animal desesperado  
aprieta la punta.  
Las imágenes  
de lo que he sido  
se superponen  
como alucinación.  
Tu vena espesa  
debajo de mi lengua,  
la última gota  
destilando  
cuando aprieto.  
Y tus dedos de algas  
refrescando el agua  
de mis mares.  
Y la pregunta

en el carnaval de los cuerpos,  
I'm turkish and you?  
buscando un rostro  
en mis ojos extraviados  
donde unos muertos  
se ahogan.  
Cambiemos los objetos  
en el teatro  
de operaciones,  
ahí donde decían  
nos equivocamos  
en dejar gente viva,  
donde dice  
no vendaban  
los ojos de los fusilados;  
capas mudas en trance,  
una ráfaga  
de series de palabras  
formando un atlas  
cruzan la escena.  
El trance doblemente doble  
de tenerte  
doblemente doble  
en mi cuerpo  
hace desaparecer  
las voces.  
Porque no hay  
un fuera de campo,  
porque sin resto  
completamente  
en todos lados.  
Este es el infinito  
doble doblemente  
sin restos.  
Vuelvo a escuchar  
I'm turkish and you?  
y no es ninguna  
voz en off.  
Porque  
continuamente,  
porque  
sin parar,  
arrodillada solo con los pies

me sostengo de tus testículos.  
Matar la imagen.  
Una catástrofe  
es el desenlace desgraciado  
de un poema.  
Escribamos de nuevo,  
cambiemos el final.

Me acariciás  
esa línea que se hunde  
en la espalda,  
ese surco  
en una Nueva York sin jazmines.  
Un barco volcado  
la isla desierta  
con sus peces agonizando  
en el agua,  
faros que perforan  
frenéticamente  
la oscuridad con sus rayos.  
Tu mano  
en el surco  
de la espalda  
tiene gusto a sol.  
Lo sé por la manera  
que descansa  
la punta de tu pene  
sobre mis párpados.  
Cambiemos el final del poema,  
vos me das las llaves  
de tu casa.  
Mis manos de cera  
en un mágico azar  
toman el molde  
de las llaves.  
Entro con una media  
en la cabeza,  
no para robarte,  
para beber una montaña,  
beberla completamente.  
Mientras doblemente doble  
no una voz, sino

el hombre que estaba sentado  
en el Caffè Reggio  
aquél que preguntaba  
I'm turkish and you?  
mira.  
Miles de años  
igual.  
Todo debe permanecer  
igual.  
Nueva York sin jazmines  
congela al mismo tiempo  
al río múltiple,  
lo fija,  
guarda su dirección.  
Para que todo quede igual  
éste tiene que ser el último disparo.  
Cuando me vuelva a preguntar  
I'm turkish and you?  
para que todo siga igual  
Nueva York sin jazmines  
dice que  
cuando ellos disparen  
el adversario no tendrá  
derecho a disparar.

Entonces, en lugar de responderle  
I'm armenian,  
pido un plato de miel  
en el Caffè Reggio,  
en la isla delgada  
entre los dos ríos,  
en ese rectángulo  
de verdor en el centro  
denso,  
urbano.  
Unto miel sobre el lomo  
de un animal antiguo,  
se lo doy a lamer.  
Si no le hablo  
su disparo habrá sido el último.  
Todo seguirá igual.  
Como el frasco que guardo

sin nada adentro,  
recuerdo de mi viaje  
de tu esperma  
en el frasco.  
Yo lo olía  
cuando te extrañaba.  
Así, como la piedra  
del santo sepulcro  
sin nada adentro,  
estoy tibia.  
Cerca, la fuente de Bethesda,  
en Nueva York sin jazmines  
lleva el nombre  
de una piscina de Jerusalén  
en el camino del valle  
de Beth Zeta,  
allí donde lavaban  
las ovejas  
antes de sacrificarlas  
en el Templo de Salomón.  
Una casa de misericordia  
el sacrificio  
de este animal antiguo,  
en mí.  
Dylan Thomas  
y los dieciocho whiskies,  
los años cincuenta,  
el bar en Chelsea,  
y su muerte, más tarde,  
en la habitación de un hospital.

Miro alrededor  
no veo ningún perro callejero  
apoyando la cabeza  
sobre el lomo de la perra  
antes de intentar subirse,  
no veo el hueso que da rigidez  
impidiendo que salga  
mientras aulla.  
No veo que el aullar  
se convierta en ella misma;  
madre, ella misma.

And you?  
Y para que sea él  
el último en disparar  
no le respondo:  
*Shun turk.*

Porque en la Nueva York sin jazmines  
no hay perros callejeros.  
Sería un consuelo,  
sería muy simple  
decir que *Shun* en armenio  
es lo mismo que decir perro.  
Casi.  
Porque *Shun turk*  
es un turco  
que por ser turco,  
es perro.  
Y como es perro  
yo dejo que comience  
a lamerme  
mientras se babea.  
Irreversible. Aunque  
aún es tiempo de comenzar.  
Entre la corriente interminable,  
acelerada e interminable  
de hombres que van y vienen  
como en desfiladero,  
traspasando calles  
con afiches coloridos,  
me detengo en una  
tiendita de objetos raros,  
compro una alfombra blanca.  
No los kilims de Isfahan  
de dibujos rojos y morados  
para evitar que se vean  
las manchas de sangre  
en su expansión por Oriente.  
Una alfombra blanca  
con olores a mirra  
de los jardines de Mosul.  
Ahí, al este del río Tigris,  
los kurdos tejen blancamente

para que nadie vea  
alguna gota blanca  
de tu licor blanco  
goteando  
de mi boca.  
Sólo aquí podía suceder.  
La huella irlandesa  
en la catedral de San Patricio  
y las tabernas;  
el jardín de las esculturas  
del Museo de Arte Moderno  
donde se aprecian  
las exhibiciones al natural.  
Me pedís que te mire.  
Mirame. Del suelo a tu boca  
miro a la cámara.  
Mis ojos exponen su gesto,  
su fricción frenética.  
Detrás de la lente  
el turco nos mira.  
Sólo en esta ciudad  
podía suceder.  
La destrucción de Cartago  
abandona los caballetes.  
Pollock niega su mano.  
No un pincel,  
un palo.  
No hay inicio,  
ni final.  
Una hemorragia de tinta  
fluye  
en pérdidas veloces  
raspando  
sobre el piso.  
Un remolino  
de colores y de líneas,  
el caos urbano  
en primeros planos.  
Me decís: mirame,  
y yo miro a la cámara.  
Una tempestad embravecida  
de tendones,  
de músculos

salpican, goteantes.  
Un conglomerado  
de líneas negras amarillas y verdes  
desgarran la superficie.  
Pollock hace desaparecer el caballete.  
Los colores ya no forman silueta alguna,  
se diseminan sin retorno,  
eliminan toda recomposición.  
Cuerpos despiezados  
anónimos, formas prismáticas.  
La pantalla se convierte en un lienzo  
¿Ves?  
La pantalla el papel la cámara  
una segunda piel  
¿Ves todo?  
Pollock borra toda reserva  
en una Nueva York sin jazmines.  
Mientras yo,  
aún con velos islámicos,  
aún cuando el turco  
ruegue por la pureza,  
pida que me oculte,  
yo me doy a ver.  
Mis piernas tu lengua  
ese lugar tan adentro  
que sólo puede dar cuenta  
de su ardor mojado.  
Todo tu miembro ahora  
está caliente,  
su quemadura es mi adentro.  
Estas palabras son  
imágenes, pinturas  
sobre arena de los indios navajos.  
La pintura sobre la espuma  
de amebas o cangrejos,  
de una cabeza de loba ladeada,  
habitan lo visible, exigen  
al ojo  
que no encuentre  
un punto de calma.  
Líneas oscilantes se enmarañan  
en ovillos pardos.  
El derramado,

el rastro de la espátula,  
nos expone.  
Esta imagen  
circula y circula  
entre los destructores de Cartago.

Me tomás el rostro  
con tus manos.  
Yo devoro  
un espesor una ingeniería  
hasta donde tienen la cuerda  
las muñequitas,  
hasta ahí,  
aunque no se vea,  
aunque la línea  
en la pintura de Pollock  
sea una velocidad,  
algo que gotea por un lugar  
que no se rompe;  
salpicaduras de semen  
en el piso.  
Todos somos extranjeros aquí.  
El desterrado cruza  
el océano,  
llega hasta la sólida  
agua del puerto.  
La patria ha quedado lejos,  
estamos  
de paso.  
Despojados,  
aleccionados  
a la rueda que sube gira baja  
vuelve a subir,  
despiertos prácticos fuertes.  
En la sólida agua del puerto  
convertidos  
en nuevos engranajes  
de lo mecánico.

En Nueva York no hay jazmines.  
Todos los tenderos del mundo

acampan aquí.  
En el calidoscopio  
se nos ve troceados,  
un collage  
art decó  
con ruedas para autos  
y radiadores  
como frisos,  
cúpulas con ventanas  
de acero cromado.  
Antiguas fábricas  
salvadas de la demolición,  
galerías de arte  
en los depósitos.  
La estatua de la mujer  
con la antorcha  
iba a estar en la entrada  
del Canal de Suez.  
Pero ella también  
con su patria lejos  
entró al agua sólida,  
exiliada en el vertiginoso  
rodar de todo.  
Provisionalmente  
estoy  
en un hotel,  
un barco,  
una estación de tren,  
una oficina.  
Aquí  
mi ración.  
Aquí  
se nos enseña  
a olvidar  
el terror de los soldados,  
el agotamiento de los heridos.  
Y estamos despiertos  
aquí, aquí  
los prisioneros  
no duermen, tienen  
que sobrevivir.  
I'm turkish and you?  
No le digo

que soy de un país pequeño,  
devenido pequeño,  
de vecinos afectados  
a la interrogación, al control.  
¿Cómo no ser vulnerable?  
No le digo  
cómo no ser vulnerable  
en el límite con Irán,  
con Georgia.  
No le digo  
que busco entre la basura  
trapos en sangre de mujeres,  
busco para saber  
si una mujer vive con vos.  
I'm turkish and you?  
Los apresurados me empujan.  
Hay que marchar.  
No es posible detenerse.  
La resistencia a ser testigo  
del dolor  
se angosta aquí.  
A la derecha  
y a la izquierda  
de una interminable avenida  
una multitud aplaude.  
Es 12 de octubre  
y todo es grande.  
Esta magnitud es América,  
le digo.  
Te respiro como una perra  
que husmea, busca  
al macho del lobo, del oso;  
esa dureza ósea  
en agua perfumada  
con pasta de sándalo.  
La simiente que da vida  
a una cabra,  
fija su cabeza en la estaca  
y mientras le murmura al oído,  
devora traga corta.  
En el país de la libertad  
busco un esclavo,  
una propiedad animada

como la comunidad de esclavos  
en el Campo de Marte.  
Un esclavo  
que me abrigue por dentro,  
me diga: no se olvide de respirar.  
Un esclavo  
cuya crueldad  
aunque esté dispuesta a destruirme,  
quiera, en verdad,  
su propia destrucción.  
Un esclavo un aguardiente una saliva  
en esta isla donde el agua  
marca los límites;  
el East River por el este  
y el Hudson por el oeste  
bares en los sótanos  
en las azoteas.  
Lo más bello,  
lo más grande,  
lo más numeroso  
se saca fotos en las escaleras  
de incendios en zigzag  
de las calles de atrás  
del mapa estrecho  
trazado por los colonos holandeses.  
Le doy de comer  
a mi esclavo  
caviar beluga, osetra, sevruga,  
frutos secos caramelizados  
en banquetas desgastadas de cuero azul,  
en paredes manchadas de nicotina.  
Busco  
sangre  
en lugar de hueso,  
un semejante torrente  
que mantenga una erección  
con los testículos golpeando  
la cara,  
me diga:  
no se olvide de respirar.  
Él, el esclavo altísimo,  
mi majestad,  
me enseña alfabetos visuales.

Entonces aprendo a ver abismos  
en el Hudson  
con sus aguas grises de acero  
cuando vibran las sirenas  
de los barcos  
a un ritmo que se remonta  
nada contra la corriente,  
el compás de acciones bélicas.  
Lo importante  
es la liturgia,  
el estado en que estaban  
las sibilas  
al pronunciar sus oráculos,  
un himno  
que te alce  
en actividad pura  
desencarnándote  
en esta abstracción  
de puro obrar;  
mi dios esclavo  
golpeándome contra la cara.  
Te disolvés  
rendido  
a la necesidad  
de este momento,  
en esta compasión  
de sabernos  
una sola cosa.  
En este movimiento  
la ciudad y sus mercaditos  
desplaza la imaginación  
de los altares  
a los tarros antiguos de porcelana,  
a las estanterías  
con molduras en el techo,  
el boticario  
de la Sexta avenida  
cuyo cliente  
busca remedios  
con el fin de escribir  
un libro de viajes  
que coincida  
con el paso del cometa Halley.

Mark Twain  
entre frascos  
gritando  
taladrad, hermanos, taladrad.  
La pregunta  
en una Nueva York sin jazmines  
vuelve  
como leña al fuego,  
como agua al mar  
del mar  
que no se llena,  
como linchamiento  
de encapuchados.  
I'm turkish.  
Y yo:  
negra negra negra.  
Pushkin era negro,  
eso dice Marina.  
En el Nieuw Haarlem  
donde antes  
solo había indios;  
negros.  
Yo una negra que está  
aquí  
ahora,  
porque no estuve  
en Anatolia  
en ese momento.  
Aquí como un barco  
que te busca en la orilla  
de los puertos  
del mar  
que no se llena,  
para que me veas  
mientras me hundo.  
La soga  
con la que se ahorcaron  
las niñas  
en las plantaciones.  
Yo, una negra  
consumida  
a latigazos.  
Todas las mañanas

del mundo  
yo  
un pueblo vencido  
asisto  
al nacimiento  
de una nación.  
Woodrow Wilson y su dislexia  
escribiendo  
la historia del pueblo americano.  
La dislexia de Wilson  
invadiendo México,  
con su incapacidad  
para leer  
o escribir  
otorga la autonomía  
a los pueblos del imperio otomano.  
Deformaciones.  
Yo estoy aquí  
porque no estuve  
allí  
en ese momento.  
Una negra  
que no duerme nunca  
toda entera.  
Escalones de vidrio laminado,  
madera bávara  
y mármol rosa,  
ventanas triangulares  
dispuestas como escamas  
y la negra  
a la deriva  
en un extravío  
que la derrumba.  
La negra ve a Joseph Brodsky  
en el Russian Samovar  
tomando vodka casero.  
Ve  
el movimiento de lo que no vive.  
En el extremo del decorado  
alguien pide mero  
con corteza de pistacho y anís.  
Las imágenes tiemblan  
como los negros tiemblan,

no saben cómo  
salir de la película.  
Algunos disparan  
contra la pantalla  
donde se presenta  
el nacimiento de una nación.  
Paso toda la noche  
mirando siluetas,  
los perfiles de las negras,  
una anónima aventura africana,  
la flagelación  
de la revuelta negra en Surinam.  
Y aprieto,  
porque las negras saben  
cómo aprieta  
el mar.  
Y aprieto  
como recogiendo aceitunas  
llevando las piernas alrededor del ramo,  
deslizándolo  
lo hago correr a lo largo  
para que se suelten.  
Un aceite,  
un círculo.  
En la pelvis  
hay dedos,  
tiro  
y te deslizo  
hasta la punta.  
Guardarte,  
como conservando  
algo en la memoria.  
Retengo eso  
que es  
algo así como tu nombre  
meciéndote  
en lo tibio  
de este adentro  
de la carne.  
El silbido del *kebab*  
en las parrillas callejeras,  
y la música árabe  
o turca

o hindú  
que se mezcla con el olor picante  
delante o detrás del puesto,  
por donde mujeres  
en cortos vestidos negros  
se desplazan  
hacia el parque de esculturas  
al aire libre,  
allí  
todas se caen  
al agua,  
porque todas las mujeres  
con negros vestidos cortos  
en una Nueva York sin jazmines  
son ondinas,  
ninfas acuáticas  
deseando un hombre de la tierra;  
conciben niños aguadores  
que suceden a los peces.  
Con una taza  
de chocolate bien caliente y espeso  
dejan el parque,  
se detienen  
en un almacén de pinturas invisibles,  
de ganchos para escalar  
para superhéroes.  
En la otra cuadra  
suena un saxofón  
en un bar  
de techos bajos  
de suelo de castaño  
y mosaicos marroquíes,  
estucos ondulados tallados a mano,  
muebles de caoba hondureña.  
Las mujeres de negros vestidos cortos  
van al compás de las calles,  
nadan al ritmo del agua.

Yo llevo  
mi pelo suelto.  
Cuando el turco me pregunta  
I'm turkish and you?

un olor rizado  
a tabaco  
en el pelo  
le responde:  
solamente el pasado puede modificarse.  
Europa levantó un trofeo en Asia,  
le contesto,  
un trofeo por Helena  
en honor al triunfo  
de los griegos.  
Un catálogo de naves  
cuyo hundimiento  
sucede  
en el estrecho de Dardanelos.  
Tan en Turquía,  
tan turco  
ese hundimiento.  
El lugar  
de la ciudad incendiada  
lo ocupará  
otra ciudad;  
antes o después  
los héroes regresaban a casa,  
los especialmente visibles  
levantaban el campamento,  
sabían que es posible  
matar sin arriesgarse.  
Así nace Europa,  
le diría,  
si no me hubiera hundido  
al juntar agua  
en el río Niddek.  
La noche es tan tibia como el agua.  
I'm turkish and you?  
El botín de las ruinas de Troya  
se lo han llevado lejos  
por un océano que respira.  
Sigue respirando.  
La soberbia de occidente,  
la estrategia  
de medir  
el límite exacto  
de lo que puede sufrir

un cuerpo.  
Un hijo no americano  
de una madre  
muerta de hambre  
aisla los objetos,  
ejecuta formas perplejas,  
la nostalgia  
de la destrucción  
del pasado, sus confines inertes  
de un viaje de dos amantes,  
de una mujer  
compatriota de los enemigos  
que no se convierte en nube,  
que no es un fantasma  
y provoca una guerra.  
La sangre  
de los ijares de los caballos  
es blanca,  
no deja huellas.  
Todavía errante,  
ataviada con fasto oriental  
te amo  
como una desaparecida.  
*Ana hanim.*  
Debilitar la resistencia,  
el Himalaya se encontraba  
en el fondo del océano;  
extirpar el recuerdo.  
A medida que los hielos retroceden  
las tribus cazadoras de cráneos  
se desplazan hacia el norte,  
cuidan a sus mujeres,  
saben que les servirían  
como cobras en celo;  
*Ana hanim.*  
Sueño que le digo al turco:  
soy armenia;  
él me responde,  
a partir de ahora  
yo te enseñaré turco  
y vos, armenio.  
Sueño  
con sueños

físicamente persistentes.  
Escribo  
para desarrollar  
la precisión del tacto,  
para ver  
cómo se aplica  
la tinta  
por golpes,  
cómo corre en cascadas  
dibujando formas óseas  
órganos viscerales  
sexuales  
llamas, cuerpos humanos.  
Llenar  
la quietud  
de la página  
con un movimiento constante,  
penetrar la rigidez  
destrozando  
muros inertes,  
alcanzar la fluidez,  
el color,  
la pulsación.  
La tinta  
o la saliva de una hambrienta,  
yo, ana *hanim*  
en óvalos flotantes, nocturna  
con la mano  
del brazo casi inmóvil;  
la mano de Gorky  
que no puede pintar  
sin ese dolor insoportable.  
La mano que usaba  
un cuchillo  
para pintar en pasteles  
que sobrenadan,  
no terminan de irse al fondo.  
La mano de Gorky  
un día después  
cuando se cuelga,  
un día después  
de escribir su carta:  
adiós a mis amores

sobre una caja de madera.  
*Ana hanim,*  
I'm turkish and you?  
Y yo sin poder contestarle,  
yo con tus dedos alrededor de la boca  
como si tuviera  
un segundo miembro  
frotando el paladar.  
Tu pija mi lengua  
como bailarines de tango  
enroscando sus piernas  
en mi boca.  
Un mural decorando la pared,  
ventanales del suelo al techo  
con vistas a la calle Revington,  
nosotros en el piso  
bajo una araña de Venini  
en una Nueva York sin jazmines,  
en bares  
con grifos de cerveza,  
sentados en taburetes  
de viejos asientos  
de tractor.  
Me restriego por los edificios,  
marco,  
dejo huellas  
de mi destrucción.  
¿Quién humilla a quién?  
La madre del turco  
lleva un pañuelo  
rodeando el cuello  
hasta la cabeza  
con una puntilla  
alrededor de la cara.  
La madre del turco en la voz  
que me pregunta  
I'm turkish and you?  
tiene unas ovejas en los brazos  
y una pollera larga.  
Desde allí lo espera  
durante quince meses,  
mientras su hijo  
se ajusta a la milicia

a los pies del Ararat.  
Me marea verlo  
con ese uniforme verde  
y un pasamontañas  
también verde,  
la escopeta al hombro.  
En el acento de su voz  
lleva puesto un chaleco  
antibalas y unas botas.  
Somos de la Mesopotamia;  
sobre dátiles carnosos  
aceitunas rosas o violetas,  
en el olor dulzón del azafrán  
construiremos el derecho  
de los hermanos.  
I'm turkish and you?  
Y en sus ojos  
no siluetas lustrosas  
de veteranos de guerra,  
de unas piernas de mujer  
en medias negras  
en una Nueva York sin jazmines.  
Sus ojos me llaman, dicen:  
gacela de la Mesopotamia.

Y yo avanzo  
después del retroceso  
del último glaciar  
junto al pueblo  
de las casas largas,  
al sur de Ontario.  
Alrededor de los grandes lagos  
los iroqueses  
juntan rocas  
del lecho del río  
cortan uno a uno  
los jazmines de la aldea,  
los tiran al Niágara.  
Nueva York, la gacela y yo  
casi nunca dormimos  
y aunque tumbados,  
estamos siempre expectantes

por miedo a que nos sorprendan  
los depredadores.  
Nueva York, la gacela y yo  
somos antílopes de patas largas,  
tenemos una visión envolvente  
que nos ayuda  
a escapar.  
Sólo sobre los sentados  
actúa la guerra,  
anestesia el efecto  
de ciertos sonidos,  
ciertas imágenes.  
Me muevo vigilante  
de tu boca a tus piernas,  
te doy mis nalgas,  
y otra vez  
te busco con la boca  
sin intermitencias  
sintiendo tu olor a frutos del bosque,  
a una semilla  
de un algodón que crece.  
¿Quién humilla a quién?  
El último remolino del deseo  
si no puede matarme,  
se vuelve acechante,  
tus maneras de azucar  
a la gacela  
llenándome de miedo  
para controlarme;  
y yo,  
como soy una gacela,  
cuanto más miedo tengo,  
más me cumplo,  
corro más.  
De día, corro,  
y de noche.  
Y mientras corro, devoro  
todos los jazmines del campo,  
entonces veo mejor, persigo  
el olor a almendras  
en el cuajar de tu pene.  
Calcar un cuerpo.  
El que subyuga

crea un lugar  
para que el otro  
no tenga ninguno.  
Vos escenificado,  
representado,  
bajo dominio. Yo  
una porción de mundo  
sin identidad.  
Te calco el cuerpo,  
asisto al parto de un hombre.  
Los brazos alrededor de los tuyos,  
tomándote por las axilas.  
Vos reclinado,  
sostenido por las piernas,  
descendiendo.  
Te desprendés,  
un temblor de la pelvis  
puja,  
se deshace.  
La gacela de la Mesopotamia  
asiste al parto de tus hijos  
deshechos en mi boca.  
Y con tus hijos  
en mi boca  
no puedo responderle  
al turco  
cuando pregunta:  
I'm turkish and you?

Colonias de gacelas  
lo miran  
con una mirada  
que da movimiento al mundo.  
Los animales no hablan,  
si hablaran, les diría  
que gacela de la Mesopotamia  
es el nombre  
que se da a sí misma  
la guerrilla kurda  
en las montañas  
del norte de Irak;  
ahí donde muero

todos los días,  
donde abro los ojos  
de los hombres.  
En las faldas  
del monte Qandil  
los barracones  
muestran una fotografía  
de cuando me quemé.  
Ahora con tus hijos  
deshechos en mi boca  
no puedo hablarle, decirle  
al turco  
que occidente  
nos mintió.  
Que Nueva York sin jazmines  
y sus tiendas de colonias  
han hecho  
su negocio.  
Cuatro siglos  
de dominio otomano  
en Palestina,  
se paga  
al precio  
de un reparto.  
El turco y yo  
pagando  
la distribución  
de oriente.  
Ingleses y franceses  
se quedan  
con Palestina  
a cambio de callar  
mi muerte.  
Ese es el precio,  
una armenia  
por  
un palestino.  
Mientras,  
el turco enciende  
su narguilé.  
El humo envuelve  
su miembro,  
lo perfuma.

El río Mohawk  
donde se comerciaban  
las pieles.  
La constitución migrante  
de una república,  
de una ciudad en las colinas,  
una tierra prometida  
para un nuevo hombre.  
Una olla el río  
donde se mezclan  
todos los que han olvidado  
y se funden  
borrando las huellas.  
Estar aquí desmiente  
antiguas residencias.  
Aquí, un nuevo horno,  
un horno a fundición.  
Una nueva metalurgia  
reduce sustancias  
liberando el metal  
del aire.  
Reducir  
a una temperatura adecuada  
el mineral.  
Chispas de carbón  
quemando  
en el nuevo horno  
a ese huidizo,  
ése, que viene de lejos,  
vos yo el turco  
americanizados  
liberados y fusionados  
en una raza mestiza,  
adaptada.  
Un líquido maleable  
hace nacer  
la blanquitud,  
vos yo el turco  
borrando entre nosotros  
toda huella,  
mezclándonos.  
Apoyo mi cicatriz  
sobre tu pierna,

presiono  
y desaparece.  
Tu piel dándome piel  
despinta la herida.  
Entonces, así,  
con mi sangre tragada  
por tu carne  
paseamos por las calles,  
entramos a una librería.  
Abrís un libro  
me mostrás  
fotografías.  
Detrás, la cámara  
está sin mordaza, suelta.  
Una cámara tortura,  
hace circular la imagen,  
permite que todo  
siga sucediendo.  
La foto argumenta  
una pérdida  
de imágenes que nos persiguen,  
insistentes.  
Figuras  
de esos cuerpos  
incesantemente conservados  
y destruidos  
creciendo en la mirada.

Mannahatta  
era el nombre nativo  
antes de las calles,  
antes de las librerías,  
antes de la aristocrática Vanderbilt.  
Mannahatta  
en lengua indígena:  
lugar de intoxicación general,  
lugar de nogales y pinos blancos  
con que se construían  
los mástiles de los barcos.  
Para recordar  
tengo que tener  
un cuerpo.

Por eso chupo  
como si comiera  
dátiles carnosos  
de una carne  
más dulce adentro, más dulce  
mis ganas de ver  
lo que ya no está,  
ese lugar del macho  
en que es hembra,  
ese lugar tuyo  
preñado de un animal  
que se convierte en hombre,  
ese lugar más dulce más atrás  
donde se entibia  
el agua tibia de leche  
del hueso carnoso  
de los dátiles  
del desierto.

Un desierto  
que tiene un mar,  
o el recuerdo del mar.

Yo voy a ver  
lo que no está,  
el agua tibia de leche  
destilándose hembra.

Una primitiva  
buscando fuego  
un trozo de madera  
y un agujero hecho  
con una piedra.

Hago girar  
un palo de madera  
más dura  
clavado en el agujero,  
rápidamente, con las manos.

Los trozos de madera  
se convierten así  
en brasas encendidas;  
soplo.

Para producir chispas  
raspo una piedra dura,  
variedades de cuarzo,  
piedras semipreciosas

como el jaspe  
con otra rica en hierro.  
La chispa  
por percusión  
entra en contacto  
con elementos combustibles,  
el fuego  
al morder mi cabello  
se comunica mejor.  
Garrotes de hueso de ganado  
y yo  
que guardo un animal muerto  
excavo  
para que no se adelanten los cuervos.  
La memoria del fuego  
en las cavernas  
de mis manos,  
de la hembra que busca  
lo que ya no está.  
El pedernal de la roca  
que destila agua tibia  
recuerda su entrechocar  
con el jaspe negro,  
como lo hace el roble,  
que contiene todo su pasado  
desde el aguacero  
hasta el huracán  
que lo abatió  
alguna vez  
inscrito en sus agallas;  
su secreción de tinte púrpura.  
El instante  
en que se disuelve,  
este vuelo nupcial  
al que le arranco  
millones  
de eso que nada  
en el líquido  
donde todo  
lo que has vivido hoy,  
donde todo  
tu pasado  
se funde,

una peregrinación  
del macho no inhibido  
de los orígenes,  
desmesurado,  
ebrio,  
casi hembra.

En Nueva York no hay jazmines.  
Cruzo a pie  
el puente de Brooklyn;  
donde antes  
se enterraba a los pobres,  
ahora hay mimos y juglares,  
doblo a la izquierda  
de la casa que habitó  
Henry James,  
en el 119  
de la calle MacDougal;  
en el Caffè Reggìo,  
ahí donde John Huston  
filmó “La carta del Kremlin”,  
un turco me dice  
I’m turkish and you?  
y yo le contesto:  
nunca es de noche en la cárcel,  
le contesto  
hay una ciudad fantasma  
en el poblado de Agdam,  
luego de la guerra  
del Alto Karabagh,  
para impedir que la ciudad  
fuera ocupada  
el ejército decidió  
destruirla,  
un pueblo cadáver  
junto a los minaretes  
de las mezquitas.  
Los refugiados  
ahora viven  
en campamentos improvisados,  
y no le digo  
que soy una niña japonesa

que prepara infusiones  
de té caliente y frío,  
para tomar primero uno  
mientras te beso  
con mi lengua caliente,  
y después el otro,  
bien frío,  
para hacerte temblar  
fresco desde el centro erguido  
del cuerpo;  
no le digo  
que soy la niña japonesa  
de las ilustraciones  
que coloca la cabeza  
que degollaron  
entre las piernas;  
que soy la otra niña japonesa  
en la ilustración  
que mira cómo su compañera  
se coloca  
la cabeza degollada  
entre las piernas,  
y ríe.

La línea  
entre los hombros y las caderas,  
una velocidad angular  
alrededor de un eje,  
un día sidéreo.  
El arco tensado  
girando alrededor  
del centro de nuestra galaxia.  
Viajo a mil setecientos kilómetros  
por hora  
inclinada hacia un lado,  
giro,  
con una mayor intensidad  
de luz y de calor  
en el Ecuador.  
Giro  
y el giro que realizo dura un día,  
produce la sucesión

de los días y las noches,  
y giro más  
y el giro dura un año  
como si fuera  
la tierra el planeta  
en el que vivo,  
produciendo la impresión  
de que es el cielo el que gira  
alrededor de mí.  
Elevo y mantengo  
las piernas al frente;  
y mientras me mirás  
no le digo al turco  
que nunca es de noche en la cárcel  
porque nadie se mueve.  
Un simple espectro de luz  
los sistemas planetarios  
desapareciendo hace  
cientos de millones de años,  
una lluvia de cuerpos menores  
desintegrándose,  
restos  
como los metales  
más pesados que el helio,  
partecitas  
desprendidas de mí al girar,  
tu ecuador dándome  
a lamer  
mis restos.  
El ojo  
un parche  
donde retumban los paseantes.  
El catastro visual  
en un Nueva York sin jazmines  
de paseantes zahoríes  
detectando agua, adivinando  
caudal, profundidad.  
Una vara, un péndulo,  
un movimiento espasmódico;  
el pozo de agua.  
El zahorí toma la varilla  
por un extremo,  
 nombra

a la estrella de Venus,  
localiza  
piedras petróleo objetos perdidos.  
Un pequeño movimiento  
en las muñecas del zahorí  
se multiplica, se sacude,  
orienta las rocas  
en dorselas oceánicas.  
Horquillas orómetros  
varillas de san crispino.  
La sed del milagro  
en el tam tam de los ojos.  
I'm turkish and you?  
Y yo con el péndulo  
en la mano  
buscando el cuchillo por el cuello,  
buscando al que tose, se ahoga  
en su propia sangre,  
buscando al que todavía  
permanece con vida.  
Buscando los minutos  
en que todavía  
permanece con vida,  
dos minutos después  
de la decapitación.  
Dos minutos  
gracias al oxígeno  
que queda en la sangre  
absorbido en mi mirada,  
retumbando  
como un trueno una artillería.  
Retumbando en los ojos  
el tatuaje de la carne.  
Yo no le digo al turco  
que estoy toda depiladita  
a la usanza árabe,  
que el rito de la cabellera,  
el baño y los aceites perfumados,  
los pesados aros de plata y ámbar,  
las cintas de las sandalias  
atadas a los tobillos.  
No le digo al turco  
que te adopté

por el rito bereber  
de amamantamiento.  
Tu lengua un hijo  
tierno en los pezones.

Mannhatan Brooklyn,  
The Bronx Queens,  
Staten Island;  
en Nueva York no hay jazmines.  
Ozgur, me llamo Ozgur,  
me dice el turco.  
Cuando pregunta  
por mi nombre  
yo le respondo: Now,  
le digo, Ahora.  
Mi nombre es ahora.  
Ozgur insiste:  
Turkish and you?  
Yo le digo Ahora.  
Mi nombre es Ahora.  
Nací mil años antes  
bajo la dinastía de los Bagratuní,  
vivo en un país  
lleno de fronteras.  
Mi país  
es una frontera.  
¿Cómo perdimos nuestra  
libertad, Ozgur?  
Le pregunto: Ozgur,  
¿cómo perdimos  
nuestra libertad?  
Los ingleses  
crearon Afghanistan  
para impedir  
que el imperio ruso  
llegara  
hasta la colonia inglesa  
de la India.

Estamos aquí,  
vos y yo,

y Ozgur no me entiende.  
No entiende  
que ahora,  
que Ahora es mi nombre  
que soy las fronteras  
de Armenia,  
cerca de la antigua capital  
de Ani.  
Pongo en un brasero  
cierta resina  
que produce un olor  
al arder.  
Con cada movimiento  
de vaivén, de adulación,  
el incienso  
quema más,  
con cada movimiento  
se entrechocan  
las pulseras  
que llevo puestas,  
al ruido de las cadenas  
del brasero.  
Ahora.  
El turco no entiende.  
No me entiende  
el campesino  
que vive en la casa  
en la aldea  
de la frontera.  
No entiende  
cuando le grito  
por favor.  
Ahora,  
yo,  
por favor,  
me quiero quedar,  
¿me puedo quedar,  
por favor?  
El campesino  
me muestra unas fotos  
de las ruinas  
de Ani.  
Me dice,

debajo de las ruinas,  
ana *djan*,  
hay muertos,  
ana *djan*,  
cadáveres.  
Debajo de las ruinas.  
Dice: yo;  
el campesino dice,  
yo hice las excavaciones.  
Sobre la mesa  
de la casa  
de la aldea  
hay uvas y manzanas  
hay yogur frío como bebida,  
hay café y chocolates.  
Alrededor de la mesa  
tres varones  
miran y no hablan.  
Solo uno de ellos  
cuenta, los otros  
miran  
con sus caras huesudas,  
caucásicas.  
Hay dolor en sus ojos verdes,  
hay odio dolor odio,  
y yo que me llamo Ahora,  
que veo a esos hombres huesudos  
tan soldados tan hambrientos,  
salgo corriendo de la escena,  
lloro.  
Lloro sin parar  
a metros del monasterio, la capilla  
de Ani.  
De este lado  
unos niños  
más pobres  
que los hombres huesudos  
me llevan hasta su escuela.  
Aquí, dicen,  
aquí nos enseñan a danzar,  
y danzan.  
Bailan a metros  
de las excavaciones

de los muertos,  
de los cadáveres.  
Sigo hablando y Ozgur  
no me entiende.  
No entiende  
que danzan,  
que luego de la clase de baile  
me acompañan a otra aula  
donde hay fusiles en el escritorio,  
fotos de guerrilla y armamentos,  
solo están para saber defendernos,  
me dicen,  
solo porque vivimos en un país  
lleno de fronteras.  
Ozgur intenta  
dibujarme en una servilleta  
en una Nueva York sin jazmines,  
y yo no sé si es tu lengua  
la que siento  
dura  
como si fuera  
el mundo  
que entrara por las vísceras.  
Miro a Ozgur a los ojos.  
Por fin  
puedo hablarle,  
le cuento:  
el 27 de octubre de 1999,  
cinco y quince de la tarde,  
un grupo armado  
entra al Parlamento  
y mata  
al Primer Ministro,  
mata al héroe  
de Karabagh,  
mata  
al comandante de los armenios,  
mata  
al *Sparapet*.  
Yo veo la imagen  
por el televisor.  
Todos los noticieros  
muestran el descalabro la locura;

debajo de las imágenes  
un cartelito:  
Armenia.  
Y yo  
que todavía  
no me llamaba Ahora, pienso:  
Armenia es real.  
Y ahora  
que mi nombre es Ahora  
consumo a tus futuros niños,  
a vos con tu lengua dura,  
tu miembro, vos;  
mientras Ozgur  
no entiende  
no me entiende,  
que cuando  
hacés  
estallar en mi cuerpo  
la escena de  
*Sparapet Hayots*  
cayendo  
en medio del Parlamento  
cayendo  
y las ruinas de Ani  
y los campesinos excavando  
y los pequeños en la clase de danza  
y el aula con los fusiles,  
Ozgur,  
que yo,  
Ozgur, yo

soy armenia.

## NOTAS:

*Shun*: en armenio, perro

*Shun turk*: fórmula utilizada por los armenios para hacer referencia al turco perpetrador del genocidio armenio; “perro turco”

*Kebab*: en turco, carne asada

*Hanim*: en turco, señora, dama (título de cortesía)

*Djan*: en armenio, (término cariñoso) alma mía, cariño mío

*Sparapet*: en armenio, comandante

*Sparapet Hayots*: en armenio, comandante de los armenios

## *Solapa:*

Ana Arzoumanian nació en Buenos Aires, en 1962.

De formación, abogada.

Publicó los libros de poesía: *Labios* (GEL, 1993), *Debajo de la piedra* (GEL, 1998), *El ahogadero* (Tsé- Tsé, 2002), *Cuando todo acabe todo acabará* (Paradiso, 2008); la novela *La mujer de ellos* (GEL, 2001); los relatos *La granada* (Tsé-Tsé, 2003), *Mía* (Alción Editora, 2004), *Juana I* (Alción Editora, 2006) y el ensayo *El depósito humano. Una geografía de la desaparición* (Xavier Bóveda, 2010).

Tradujo del francés el libro *Sade y la escritura de la orgía (Poder y parodia en “Historia de Juliette)* de Lucienne Frappier-Mazur (Ediciones Artes del Sur, 2006) y del inglés *Lo largo y lo corto del verso Holocausto*, de Susan Gubar (Alción Editora, 2007).

Es miembro de la *International Association of Genocide Scholars*.